

so, se me figura que la naturaleza se sobresalta, que el cielo se entolda, y que el sol cubre de luto sus tristes resplandores. No encuentro por las calles sinó rostros pálidos, silenciosos y des-pavoridos; y al entrar en la Conven-cion, donde se está decidiendo la suerte del hombre que fué rey, veo en me-dio de los diez órdenes de jueces á la muerte, que con pluma ensangrentada va anotando sus pareceres. Qué hor-roroso silencio! solo lo interrumpen aquellas palabras fúnebres, que desde la tribuna resuenan alternativamente y se estienden hasta el estremo de la sala : *el arresto, el destierro, la muerte...*

LA MUERTE... O maldad suma! ó cegue-dad inaudita! he oido este grito de bo-ca del pariente de Luis, de boca de Orleans. Un murmullo de pavor ha corrido de fila en fila, y subiendo has-ta quien lo causaba, ha debido con-venirle de que el cetro á que aspira,

acaba de romperse para siempre. No, Felipe : la Francia no hincará la rodi-lla ante quien se ha mancillado con la sangre de su rey : teme que en lugar de un trono te levante un cadalso, y que tu sangre quede condenada á la-var el borron de la de Luis.

LA MUERTE.... esta palabra terrible ha traspasado mis oidos y mi corazon *trescientas ochenta y siete veces.* ¿ Con qué está echada la suerte, y Luis ha de morir?

Hoy 17 en la madrugada me he pre-sentado en la torre del Temple, donde me han registrado escrupulosamente; y con este motivo he sabido, que las precauciones para el resguardo del preso se habían hecho mas rigurosas desde ayer. Clery, que me ha introdu-cido en el cuarto del rey, me ha di-cho, que estaba leyendo la historia de Carlos I, á fin sin duda de encontrar en los instantes postreros de aquel

príncipe, con quien tiene tanta semejanza, un modelo á quien imitar en su conducta.

No bien he entrado, cuando las lágrimas han anublado mis ojos, y he sentido correr por mis venas y rodillas un frio temblor. Me he arrojado á los piés del monarca desventurado, á quien esta accion ha revelado su sentencia; pero no por esto ha mostrado susto ni estrañeza. Tras un breve silencio, ha levantado al cielo sus ojos y sus manos, y ha exclamado suspirando: Querida esposa, hijos míos, ¿qué va á ser de vosotros? — Mas luego desentendiéndose del pormenor de su sentencia, se ha ocupado solo en mitigar mi pena: no parecía sinó que él era el consolador, y yo el sentenciado.

En aquel punto Michonis, empleado municipal, á pretesto de informar al rey de un pequeño incendio que se

había visto la noche anterior en el palacio del Temple, ha entrado para darle mil consuelos y esperanzas. Luis se lo ha agradecido, pero de modo que me ha hecho ver que no le quedaba ninguna. Para mi muger, ha dicho, para mi familia, y en especial para mi pobre hijo, pido yo vuestros desvelos. — El municipal se ha retirado lleno del mas vivo dolor.

Por mas desesperanzado que yo estuviese, no pudiéndo avenirme á ver morir al rey en un cadalso, le he hablado de la prorogacion, como de una tabla que le quedaba en medio del naufragio. Luis se me ha sonreido con afabilidad diciéndome: Es Vd. ingenioso para engañarse á sí mismo, y para darme alguna ilusion: tengo mucha confianza en Vd., mi querido Malleshérbes; permítame sin embargo que no la tenga en sus predicciones. Las saca Vd. del fondo de sus deseos; pe-

ro los proyectos de los ambiciosos tienen otros fundamentos mas sólidos y seguros.

DIA 18.

Un nuevo acuerdo del ayuntamiento quita al preso el consuelo de recibir á sus amigos, y así me he presentado en vano cuatro veces á las puertas del Temple. Aquel desventurado príncipe queda solo con su conciencia, y anticipadamente en presencia de Dios. ¡Providencia eterna, religion santa, mitigád sus últimos momentos!

DIA 19.

Los tristes presentimientos del rey se han realizado, pues ha salido negada la solicitud de prorogar la causa, y la pena de muerte debe ejecutarse dentro de veinte y cuatro horas. Los

amigos del rey están como anonadados: el abate de Fermont ha ido á mi casa, sin espresar mas que con sollozos el horror y la pena que le acongoja. Milord Fitz-Asland y su hijo quisieran todavía renovar la trama inutilizada por la debilidad de Luis; pero ¿qué harán sinó esponerse sin provecho, y perderse sin salvarle?

Despues que se ha espedido el decreto de muerte contra Luis, mis compañeros, los defensores y yo nos hemos presentado en la Convencion, para lidiar con ella sobre los restos de la vida del monarca. Deseze ha empezado entregando al presidente la *apelacion*, que presenta á la nacion, del juicio de los representantes; luego arrendiendo con mucho brio y enardecimiento, ha demostrado, que en el acto de aplicar al reo la última disposicion del código penal, que es la sentencia de muerte, no se había contado

con la parte mas esencial para su justificacion, que es la obligacion estrecha é indispensable de reunir las tres cuartas partes de los votos. Un largo debate se ha suscitado sobre este punto entre Tronchet, que ha desentrañado metódicamente el principio que Deseze había espuesto en sus rasgos oratorios, y Merlin de Douay, que se ha encargado de refutar á Tronchet; Guadet que parecía de la misma opinion, Barrere que le ha respondido, y Robespierre que ha redargüido á este con personalidades.

He querido decir algunas palabras; pero mi talento y elocuencia no han correspondido á mi zelo, y me he visto sobrecogido de la turbacion y del dolor.

El síndico Chaumette ha presentado al consejo general un acuerdo, digno de una magistratura de Caribes: se ha decretado que hubiese iluminaciones

en demostracion de regocijo. ¡Pueblo desventurado, en qué esceso de depravacion te encenagan tus tiranos! Sobre ensangrentarte en tu rey, tratado como culpable, y condenado á muerte, ¿aun quieren envilecerte hasta el punto de que le insultes? Bien se guardan de decirte, que la verdadera justicia es la que impone el castigo apartando los ojos, y que cuando se entretiene con los dolores que causa y está mirando á la víctima, ya pasa á ser venganza.

DIA 20.

Aquí acaba mi dolorosa tarea, y empieza la del abate de Fermont. Su pluma verídica va á continuar y concluir este diario lastimero, cuyas páginas serán pábulo de la ansiosa curiosidad, y sobre las cuales el arre-

pentimiento y la piedad llorarán amargamente, clamando hasta los últimos siglos á favor de Luis XVI y contra sus asesinos.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

